

Presencia de Arturo Nogueira

Antonio Pereira

Cronista de Villafranca

El Robert Graves que vivió y escribió felizmente en Mallorca, decía que para estar tranquilo hay que rodearse del menor número posible de cosas que no estén hechas a mano. Yo lo corregiría, dejando -más simplemente- que hay que rodearse del menor número posible de cosas. Donde están las cosas no podemos estar nosotros. En la mesa donde uno escribe, o sueña, conviene que no haya exceso de bolígrafos, de plumas estilográficas, de lápices -bueno, de lápices sí-, y más vale que en el cuarto de trabajo no nos rodee todo un museo. A mí me basta con poco, porque así me significa mucho.

De vez en cuando, pongo la mirada en una figura amorosa: el hombre protector, la mujer acogida en sus brazos, y los dos parecen completarse con vocación de eternidad. Puede que con timidez, con mimo, se me ocurra pasar la mano por la superficie rugosa de la materia. Benjamín Palencia lo hacía incluso con la pintura: "Hay que tocar", decía el maestro. La vista, el tacto, los sentidos todos reciben el mensaje y, de paso, me acercan la presencia del autor que firma la escultura: Arturo Nogueira.

Arturo es mi convecino en la Villa, y lo es, incluso, en mi calle. El escultor vive en el rumor del río Valcarce, yo nací unos pocos metros hacia el Burbia, pero ambos ríos se funden en seguida, y en ello quiero ver un emblema de nuestra fraternidad en el arte y en la vida. Que la vida y el arte sean largos para Arturo Nogueira. Y también para quienes somos sus próximos, si no es demasiado pedir.